

Prólogo

Por Prof. Dr. Roberto Andorno*

La presente obra aborda un tema a la vez original y necesario en el campo de la bioética: *la contribución que la apreciación de la belleza, en especial, de la belleza de la vida, puede hacer a la bioética*. Es un tema original porque basta con hojear las revistas de bioética para advertir qué poca atención se ha prestado al rol de lo bello en este ámbito. El asunto es también necesario porque está claro que las reflexiones bioéticas exclusivamente “racionales”, estructuradas con base en fríos argumentos a favor o en contra de determinadas prácticas médicas, no alcanzan para generar una comprensión profunda y sensible de lo que en última instancia está en juego en estas cuestiones: el valor inefable de la vida, sobre todo de la vida humana, y de todo lo que exige el respeto de los bienes básicos de la persona en el ámbito médico: su dignidad, su integridad, su intimidad y su salud física y mental.

Sin duda, el análisis racional es constitutivo de la bioética, como lo es de la ética en general. Después de todo, la ética es esencialmente *racionalidad práctica*, es decir, es el uso de la razón en lo que concierne al obrar. Su objetivo consiste en identificar,

* Profesor asociado de bioética y derecho biomédico, Facultad de Derecho, Universidad de Zúrich, Suiza.

a través del ejercicio de la razón, qué conductas son buenas o malas, correctas o incorrectas, justas o injustas, aceptables o inaceptables.

Pero el obrar moral no es la consecuencia automática de un puro conocimiento intelectual. Un profesor de filosofía puede conocer de memoria todos los catálogos de deberes morales y, sin embargo, obrar de modo inmoral, siendo perfectamente consciente de ello. Es que el obrar moral depende no solo de la inteligencia, sino también (o tal vez, especialmente) de la voluntad, es decir, de tener una *buena voluntad, de estar movido por una voluntad orientada a hacer el bien y a evitar el mal*. ¿No decía Kant al comienzo de su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* que no hay nada en el mundo que sea incondicionalmente bueno fuera de una buena voluntad? Si esa voluntad falta, todos los conocimientos teóricos que podamos tener serán estériles. Es que, como lo destaca Bernard Williams, los meros argumentos “externos” —por ejemplo, el saber que algo es injusto— no alcanzan para inducirnos a obrar correctamente. También necesitamos tener una “razón interna”, es decir, una convicción subjetiva que nos motive, anime y empuje a hacer el bien (Williams, 1985). Es por ello que, tal vez, sea sobre todo en el ámbito de la voluntad, en el cual lo bello, que se presenta como una forma de “bien”, tenga su influencia benéfica al influir nuestras motivaciones más profundas y predisponernos a adherir a la conducta moralmente correcta.

Es cierto que, del mismo modo que el mero conocimiento intelectual no nos conduce automáticamente a obrar bien, tampoco el contacto con la belleza nos lleva, por sí solo, a comportarnos de un modo ético. Alguien puede extasiarse ante un

cuadro de Monet o ante una magnífica puesta de sol e inmediatamente después actuar de modo injusto o destemplado. Pero, aun siendo conscientes de esto, todos intuimos o sabemos por experiencia, de un modo misterioso que no alcanzamos a entender del todo, que la belleza ejerce sobre nosotros una cierta influencia moral. Un concierto de Mozart, para dar un ejemplo, nos da una paz interior que nos predispone a mirar al mundo con buenos ojos y, de este modo, nos ayuda a identificar el bien y a realizarlo.

En este contexto, la pregunta central del presente libro podría sintetizarse del modo siguiente: ¿En qué medida la apreciación de la belleza, sobre todo, de la belleza de la vida, puede contribuir al desarrollo de una bioética más profunda y atrayente?

El primer capítulo, de Alberto García Gómez y Amparo de Jesús Zárate Cuello, examina en primer lugar, con horizonte de sentido, el valor de lo estético desde el punto de vista de la filosofía, la poesía y la expresión musical. Para ello, los autores recurren a distintos pensadores desde Aristóteles, Tomás de Aquino hasta Heidegger, pasando por Kant, Schopenhauer, Dewey y Foucault. Luego, se concentran en la relación entre la ética, la bioética, la estética y la bioestética con respecto a la medicina, para concluir que las experiencias bioestéticas en el bioarte y las reflexiones que subyacen en torno a ellas pueden estimular el respeto por la dignidad personal y los derechos humanos. De aquí resulta también un impacto benéfico de la reflexión bioestética en el bioderecho y en la biopolítica y, más específicamente, en el campo de la biomedicina, de la biogenética y las nuevas biotecnologías.

El capítulo de José Carlos Abellán Salort analiza en profundidad la cuestión de la conexión de la belleza con la ontología para afirmar que la belleza “brota” del modo de ser de cada ente. Sin embargo, el autor destaca que, además de una belleza objetiva, hay también una belleza subjetiva, en tanto que ella es percibida por el sujeto según sus aptitudes e intenciones. Luego señala que lo que denomina “acto creativo”, que es el encuentro adecuado con otros seres, es generador de un goce a la vez ético y estético. Concluye sosteniendo que, dado que hay un aspecto estético que es inseparable de nuestras decisiones morales, el acto ético —y por consiguiente también el acto bioético— no es solo bueno, sino también bello.

Javier Barraca Mairal afirma en su capítulo que la vida posee inevitablemente una dimensión estética. Contemplar esa belleza nos ayuda a respetar la vida como un valor en sí, sin reducirla a meros intereses instrumentales o de dominación. Pero la belleza de la vida no se da en abstracto, sino en los seres vivos concretos y muy especialmente en aquellos seres que poseen la mayor densidad ontológica: *las personas*. Sobre esta base, concluye el autor insistiendo en la necesidad de que la bioética tenga más en cuenta la dimensión estética de la vida personal para contribuir de ese modo a un mayor respeto de su dignidad.

Jan Helge Solbakk propone el término “bio(po)ética” para describir las ventajas didácticas del empleo de la ficción y la narración en la enseñanza de la bioética. Apelando especialmente a los diálogos platónicos, a Aristóteles y al teatro griego antiguo, sostiene que las narrativas trágicas tienen un potencial didáctico moral más amplio y universal que los “casos reales”, que son meramente contingentes y particulares. Concluye afirmando

que tanto la ficción y la poesía como el teatro, el cine y la música pueden servir como la lengua universal de la bioética y la bioes-tética. Ello se explica por la circunstancia de que la formación moral no es el resultado de un mero aprendizaje cognitivo, sino que en ella desempeña también un rol crucial nuestro corazón.

Ángel Sánchez-Palencia Martí aborda la cuestión de la belleza de la persona en su corporeidad. Para ello se apoya en el pensamiento de los antiguos griegos acerca de la estética y en las intuiciones profundas de la estatuaria griega clásica. Tal belleza no es mera externalidad, sino que encuentra su fundamento en la estructura ontológica del ser humano y más precisamente, en la circunstancia de que cada persona está animada por un principio espiritual, que es también principio del obrar y por tanto condición ineludible de la valoración moral del comportamiento.

Aquilino Polaino-Llorente observa que muchas personas cuando se enfrentan con el dolor ajeno, se sienten movidas a actuar, a ayudar, a sostener al otro en su sufrimiento. En tal sentido, puede decirse que el sufrimiento atrae de un modo semejante al modo en el que la belleza atrae. Desde luego, no sería pertinente afirmar que el sufrimiento del otro es “bello”. Sin embargo, sí puede decirse que es bella la interpelación personal que lleva a actuar y a tratar de paliar, en la medida de lo posible, el dolor del otro. De esta forma, el autor pone de relieve la belleza de la apertura radical al otro y la belleza de la relación que se da, por ejemplo, entre el paciente y el psicoterapeuta.

En el capítulo final, Javier Borrego Gutiérrez analiza algunos de los problemas éticos que se plantearán en los próximos años con el desarrollo de robots interactivos dotados de

apariencia humana. Mientras en los seres humanos la belleza externa que percibimos —la belleza del cuerpo— es un reflejo de una belleza interior, en los robots será solo una apariencia engañosa e ilusoria. De allí que puedan generarse dilemas éticos en nuestra manera de interactuar con los robots e incluso en nuestro modo de percibirnos a nosotros mismos.

Estas diversas reflexiones aportan, desde diferentes perspectivas, nuevas luces acerca de la relación estrecha entre lo bello y el obrar moral. Desde luego, sobre este tema se ha escrito mucho y con gran profundidad desde la antigüedad, empezando por Platón y Plotino y llegando hasta Kant y Schiller, por solo mencionar algunos pensadores. Cabe recordar que los griegos empleaban la expresión *kalos kai agathos* —o, de modo abreviado, *kalos kagathos*— para expresar la estrecha conexión entre lo bello (καλὸς) y el bien o la virtud (ἀγαθός), que tiene su ideal en el hombre cuya personalidad ha alcanzado la plenitud de la virtud (Jaeger, 1945). El mensaje subyacente es que la virtud es necesariamente “bella” y por eso nos atrae y predispone a imitarla. En este mismo sentido, Platón sostiene que la virtud es “salud, belleza y buena disposición del alma”, mientras el vicio pone de manifiesto su “enfermedad, fealdad y flaqueza” (Platón, 376 a. C., 444b).

Si es verdad, como dice un personaje de Dostoyevski, que “la belleza salvará al mundo” (Dostoyevski, 1869), no hay que descartar que lo estético tenga un rol moral mucho más importante del que podamos imaginar, también en el ámbito de la bioética. No porque la belleza sea significativa por sí misma, sino porque ella encuentra todo su sentido en el misterio que evoca y en el absoluto del cual es reflejo. En otras palabras,

la belleza es la llave que nos abre la puerta hacia horizontes de sentido y de eternidad que nos predisponen a hacer el bien. Es verdad que esos horizontes de infinito no se nos imponen. Somos en todo momento libres de adherir a ellos o de rechazarlos. Nuevamente, es de la buena voluntad de la que, en última instancia, depende el camino que tomaremos.

En fin, este libro nos coloca frente a un conjunto de consideraciones profundas y enriquecedoras acerca de la interacción entre lo bello y el bien que abren un campo de reflexión muy prometedor para una bioética abierta a lo estético. Es de esperar que estas páginas puedan tener el impacto que merecen.